

VIAJES DE EXTRANJEROS POR EL REINO DE MURCIA, de Cristina Torres-Fontes Suárez

JAIME CAMPMANY

Salgo de dedicar varias horas de lectura atenta a este largo trabajo de Cristina Torres-Fontes Suárez (*), terca y lúcida investigadora, paisana y casi prima mía, cuya vocación a la Historia y cuya devoción a Murcia le vienen de raza como al galgo. Bajo el título que ya conocéis, “Viajes de extranjeros por el Reino de Murcia”, Cristina Torres-Fontes, en estos tres volúmenes, reúne, ordena, selecciona, traduce en su caso, sitúa en el tiempo histórico, glosa con agudeza, comenta con brevedad y enmienda con tino un centenar de documentos (un centenar con añadidura, ciento uno exactamente), de otros tantos viajeros que cruzan el Reino desde La Gineta a Cartagena, o desde Orihuela a Puerto Lumbreras, “gentes que a mi tierra vinieron”, que por Murcia pasaron, que hacia Murcia miraron y que de Murcia escribieron a lo largo de mil años, a lo largo de este milenio a cuyas boqueadas estamos asistiendo.

Salgo de esta larga, interesante y a ratos apasionante lectura, y conviene decir cuanto antes que se nos viene hoy a las manos un libro que se me antoja *único* y *definitivo*. Se trata de un libro *único*, sin pareja, porque todos sus precedentes son intentos parciales que se quedan cortos en la ambición del propósito, y que lejos de plantearse una compilación, aspiraban a desahogar un comentario o una noticia literaria limitada. Tengo presente el titulado *Murcia Bus-stop*, de José Mariano González-Vidal, quizá el más literario y ameno de todos esos parciales intentos

(*) Texto leído en la presentación del libro “Viajes de extranjeros por el Reino de Murcia”, de Cristina Torres-Fontes Suárez, en la Asamblea Regional de Murcia. Cartagena, el 12 de diciembre de 1996.



que no pasan de ser aproximaciones al proyecto que hoy, en este estudio, se hace realidad. Confiesa la autora que no se trata de una colección exhaustiva de documentos, pues eso habría sido empresa imposible. Y de nulo interés, añado yo, porque explica a continuación que sólo ha quedado fuera lo enojosamente repetitivo, lo falto de originalidad y de interés, y lo que está basado seguramente más en lecturas someras y apresuradas que en la visión y trato directos del “país, el paisaje y el paisanaje”.

Y se trata de un libro *definitivo* porque tengo para mí que después de su publicación se agota el proyecto, no queda materia y está perfectamente cumplido y alcanzado el propósito. Es decir, maldita la falta que hace otro libro que volviera a replantearse el mismo objetivo. Es más, los testimonios de gentes de fuera que de aquí en adelante, en el siguiente milenio, pudieran despertar nuestro interés ya no serían noticias y relatos de *viajeros*, sino impresiones de *turistas*.

Antes de la llegada del turista a las costas de nuestra costumbre, el libro de viajes, esos libros que los árabes llaman “de andar y ver”, los cuadernos de leguas y de romeraje, eran un modo exclusivo de conocer tierras y pueblos ignotos y lejanos, crónicas para el conocimiento de la geografía, la historia, la sociología y la cultura de más allá de nuestras narices. El *viajero* de la época preturística contaba el paisaje y el clima, la religión de los habitantes, la economía, el arte, las costumbres, la habitación, el vestido, la fiesta y la gastronomía, la danza y la panza, los trabajos y los placeres. La crónica y el dibujo de los *viajeros* eran la única manera de asomarnos a los lugares remotos y desconocidos.

Pero cuando en la civilización del siglo XX irrumpe el fenómeno sociológico del turismo, el *viajero* clásico se convierte en un vestigio, en un sobreviviente desentendido o mudo. Lo que él pudiera contarnos se halla mejor y más exactamente explicado en las guías, y por lo general ya nos lo ha enseñado la fotografía y el cine, la kodak y el celuloide. Los medios de transporte actuales llevan al *turista* con rapidez de vértigo y le asoman a paisajes y monumentos, lo pasean al trote por ciudades sucesivas, lo meten en restaurantes de menú internacional y lo echan a dormir en hoteles impersonales, en cámaras y camas con frecuencia iguales a las del hotel anterior y a las del hotel siguiente.

Después de uno de esos viajes vertiginosos, generalmente en manada y preparados por un “touroperator” con tarifa y horario rigurosos, el viajero que recuerde que el Partenón está en Atenas, que la biblioteca de Celso está en Éfeso y que las figuras de los Dioses Oscuros están en Roma, será porque ya lo sabe de antes. Sólo puede alcanzar interés para el hombre de nuestro tiempo el testimonio que ahonda en el análisis y la investigación o que interpreta literariamente la realidad de otros países que ya conocemos en su apariencia, pero ese testimonio ya no sería de un *viajero*, sino de un especialista o de un fabulador.



La prueba de todo ello es que, cuando Cristina Torres-Fontes, en su itinerario, ha llegado a *los viajeros* del siglo XX, sólo ha encontrado un exiguo puñado de ellos que nos ofrezcan una visión de Murcia directa, original e interesante. Y desde luego, muchas veces discutible. Lo demás, lo que aquí no se recoge, son sin duda ociosas anotaciones de *turistas* más que impresiones de *viajeros*. Don Miguel de Unamuno, que siempre andaba tronando contra esto y aquello y que entraba en las tertulias y en los ateneos preguntando que de qué se habla, que me opongo, trueno también contra los turistas, y los pone a caldo. Sin embargo, es un gran lector de libros de viajes, y él mismo es un *viajero* por tierras de Portugal y España y un narrador de andanzas y visiones españolas. En realidad, casi toda la generación del 98 es viajera, viajera por de dentro, viajera por España, y todos, hasta los epígonos Ortega y Marañón, son grandes lectores de los libros “de andar y ver”.

Camilo José Cela es el último celtíbero *viajero*, andariego hasta de viejo, que zancajea a pie por la Alcarria (bueno, en el segundo viaje, no, el segundo viaje lo hace en Rolls y con choferesa negra de buen ver y mejor palpar), patea las tierras entre el Miño y el Bidasoa, sube hasta el Pirineo catalán y se tira hacia las tierras bajas de Andalucía. Cela no es un *turista*, sino un viajero. Hace, claro está, literatura, porque bueno estaría que Cela no hiciera literatura, pero también hace rigor, o sea, le da en el gusto a Ortega, pero en las dos opciones al tiempo, rigor y literatura, y explica la geografía, describe los caminos y las aldeas, precisa los yantares y retrata a los habitantes, hidalgos, alcaldes, mesoneros, palurdos y tontos del pueblo. Ya se sabe que Cela viaja para coleccionar topónimos, montes, ríos, ermitas y parroquias, pero también para coleccionar hurgamanderas y putarazanas, tontos de vario pelaje y delincuentes de diversas artes, acordémonos de aquel Pepito Cap, joven asesino de la provincia de Murcia, que alguna tradición tenemos de bandoleros y saltatumbas.

Decía antes que Unamuno trueno contra el *turista*. Vamos a ver. “¿Hay algo más azarante, más molesto, más prosaico que el turista? –se pregunta don Miguel–. El enemigo de quien viaja por pasión, por alegría o por tristeza, para recordar o para olvidar, es el que viaja por vanidad o por moda, es ese horrible e insoportable turista que se fija en el empedrado de las calles, en las mayores o menores comodidades del hotel y en la comida de éste. Porque hay quien viaja, horroriza tener que decirlo, para gustar distintas cocinas. Y otros para correr teatros, cafés, casinos, salas de espectáculos, que son en todas partes lo mismo y en todas partes igualmente infectos y horrendos”.

Hombre, con don Miguel de Unamuno no se puede estar de acuerdo en todo. No estoy conforme con lanzar el anatema contra el viajero que va buscando distintas cocinas y diversos manjares. La mesa y los manteles han sido siempre argumento de viajeros, y una de las cosas que me alegra reseñar hoy es que en



todos estos testimonios que ha recopilado Cristina Torres-Fontes apenas se encuentra una queja o condenación de la comida murciana. Hay viajeros que desembarcan en Cartagena o vienen a Murcia en tiempos de guerra y escasez, y esos se quejan del alimento exiguo y de la dificultad para encontrarlo, y hay franceses e ingleses que se maravillan de que el murciano apenas coma carne de buey o de vaca, y no buscan una explicación anticipada en la epidemia de las vacas locas, e incluso hay viajero que lo achaca a alguna norma religiosa, igual que los judíos tienen prohibida la carne de cerdo.

Pero no he encontrado nada que pueda parecerse a aquella advertencia que un francés, andariego por Extremadura y por las tierras bajas de Castilla la Nueva, les hacía a sus compatriotas: “Y sobre todo, les prevengo a ustedes contra los garbanzos, que son unos balines amarillos, de consistencia harinosa y de aspecto inofensivo, pero que luego hacen explosión en el estómago”. Aparte de algún otro francés de estómago quejoso, lo normal es que los viajeros que andan por Murcia ponderen y elogien el pescado de nuestro mar, y la verdura y la fruta de nuestra huerta, a la que muchos llaman vergel, jardín fecundo, edén y paraíso terrenal, como la señora Suberwick, y ya hace más de un siglo “Huerta de Europa”. Dentro de este panegírico común a todos los viajeros, hay una excepción divertida, la de un hijo de la rubia Albión, por no decir de la Gran Bretaña, John Carr, que llega a Murcia al comienzo del siglo XIX y que asegura seriamente que el melocotón inglés es más sabroso que el melocotón murciano. Tal vez donde estuvo no le diesen melocotones sino tubérculos. A ese inglés no le dieron un melocotón del regadío; le dieron un boniato del secano.

Unamuno, además de arbitrario y caprichoso, es frugal para la comida, también es comprimido para la lujuria, pero esto no viene al caso. En una meditación viajera titulada “Paisaje teresiano” hace una afirmación estupefaciente, al menos para mí. Dice que “hay paisajes que conviene mirarlos a menudo en ayunas y aun con algo de sed”. Yo creo que el ayuno no favorece la devoción contemplativa ni el juicio considerado de lo que se mira, y a lo más conduce al éxtasis de la poesía lírica y a la especulación filosófica. “Filosófico estáis”. le dicen a Rocinante. “Es que no como”, responde el flaco rocín de don Quijote.

Y este mismo arbitrario y aguafiestas don Miguel, cuando se asoma a un balcón de París, junto a Blasco Ibáñez, con la bella ciudad a sus pies, y le pregunta el novelista que qué le parece, don Miguel truena desdeñoso: “Que no se ve Gredos”. En cambio, cuando llega a Florencia exclama: “¡Florencia, mi Florencia! ¡Es igual que mi Bilbao!”. Por supuesto, Florencia no tiene nada que ver con Bilbao, y el mismo Unamuno lo reconoce después. Es más, una veintena o una treintena de ciudades españolas tienen algo más que ver con Florencia que Bilbao. En las impresiones de viaje hay que llevarse mucho cuidado con las síntesis retóricas y con los juicios sumarísimos. Al vicio de las definiciones breves y



lapidarias corresponde ese juicio que hacía de Murcia una ciudad sucia y oriental o el que hace de Madrid un poblachón manchego. En cierta ocasión, estando yo recién regresado de Grecia, le escuché al poeta Manolo Alcántara este sintético y pintoresco juicio: “Mira, Jaime, Atenas es Albacete con columnas”.

Dice Ortega que los libros de viaje –y éstos que hablan de Murcia no tienen por qué ser una excepción– dividen a quienes los leen en dos grupos de lectores indígenas, y que esos dos grupos responden a dos formas radicales e irreductibles de patriotismo. Unos lectores se acercan con lo que podríamos llamar “instinto policíaco” a esos volúmenes donde el *viajero* ha puesto sus emociones vagabundas. Sólo les interesa averiguar si el autor habla “bien” o “mal” de su tierra y de sus paisanos, según ellos juzgan a sus paisanos y entienden su tierra. Otros, tocados de un patriotismo más delicado y complicado, se sienten atraídos con vehemencia hacia esas páginas, que generalmente no son ni respetuosas ni profundas, en que hombres de otros países describen el nuestro.

Aquí encontraréis motivos para una cualquiera de esas dos actitudes. Es natural. En este centón de viajeros, desde el árabe Al Yaqubi al irlandés Walter Starkie o al italiano Solidone, de todo hay como en la viña del Señor. Hallaréis viajeros de paso que con una sola ojeada creen haber penetrado en el espíritu de Murcia, sus campos, sus huertas, sus ciudades y sus hombres. Otros identifican todo eso con las incomodidades o penalidades del viaje, el camastro de una mala fonda, una información inexacta o una impresión casual o aleatoria, y si les cae una mosca en el plato dicen que Murcia es la patria de las moscas, si les pica una pulga dicen que Cartagena está invadida por un ejército de pulgas, y si se encuentran un mendigo o un gitano afirman que Lorca sólo está habitada de gitanos y ladrones. Y son muchos los cronistas viajeros que coinciden en una enunciación mínima y urgente de excelencias e imperfecciones, y sentencian que en Murcia el cielo es glorioso, el suelo es fértil y el entresuelo pésimo. O sea, que lo malo de Murcia son los murcianos. Menos mal que tampoco faltan los que elogian nuestra cortesía, nuestra liberalidad, nuestro natural hospitalario y nuestra viveza de ingenio.

Al revés, hay viajeros, y sobre todo hay viajeras, que celebran y se alegran y recrean en todo lo que ven y en todo lo que les sucede, y cualquier cosa les sirve para la ponderación, y cualquier contratiempo o incomodidad les sirve para la disculpa y la comprensión, Dios se lo haya pagado en esta vida y aumentado en la otra. Hay viajeros, la mayoría, que dejan a trasmano lo memorable y singular, lo que desde uno u otro punto de vista, la economía o el arte, el mantel o la geografía, tiene importancia o merece devoción, y en cambio se detienen en lo nimio, en lo trivial, en lo pasajero. Lo que sucede es que también en esas pequeñas manifestaciones del ser y de la vida de los pueblos están las claves para su mejor conocimiento y comprensión. Ya avisa Ortega de que lo habitual es siempre insignificante e imperceptible, y que los árabes, a lo castizo, a lo indígena, a lo



propio del país, le llaman baladí. A veces, en lo baladí está la verdad. Finalmente, hay viajeros que llegan con varas de medir y celemines de pesar, con taquímetros y alidadas, y reducen su visita a números, a metros, a quintales o a cosechas.

Yo prefiero acercarme, y así lo he hecho, a estos testimonios con curiosidad exenta de falso orgullo, y contemplando los elogios con ojos y criterios de moderación, y las críticas con propósito de objetividad y con juicio benevolente. Hay que tener en cuenta que estos viajeros llegan desde otros paisajes, otras costumbres, otras polítics y otras religiones, y es natural que no asimilen en seguida y a las primeras de cambio nuestra singularidad, les choque, les produzca rechazo, incluso desdén o repugnancia, y en el menos grave de los casos, incomprensión. Y por idéntica razón, es lógico que nuestras particularidades les produzcan asombro y admiración, o que sean proclives a la descripción exageradamente elogiosa de ellas por el afán de maravillar al lector y ponerle en trance de fascinación y espaviento. No es mala disposición para el murciano prudente, al adentrarse en las páginas de estos testimonios, la de poner en cuarentena las críticas más duras y a remojo los elogios más encendidos.

Tengo que renunciar en esta presentación a realizar un recorrido, aunque fuese a salto de liebre, por estos testimonios, para detenerme en ellos, aunque sólo fuese a lomos de una palabra o de una frase. Un breve y sucinto resumen de cuanto dicen del Reino de Murcia, de sus ciudades, sobre todo las tres más pobladas e importantes, Murcia capital, Cartagena y Lorca, de sus tierras y de sus hombres, rebasaría los límites de esta presentación. Con eso, la autora, Cristina Torres-Fontes, por mucho que haya querido resumir, ha llenado las trescientas páginas del primer tomo de su obra. Murcia, con la Torre, la puente romana, las calles peatonales entoldadas, Trajería y Platería, rúas de traperos y de orfebres, el Malecón y los salzillos del Viernes; Cartagena, con el puerto, a cuya disposición y abrigo todos los viajeros dedican alabanzas, el arsenal, cuyo abandono merece lamentaciones de los que lo contemplan casi vacío, y Lorca, con viejos palacios y tierras feraces que esperan la bendición del agua, son lugares comunes en la mayor parte de las descripciones de los viajeros.

Os invito a leer todas las crónicas de cabo a rabo. Os encontraréis a un inglés que ya en el siglo XVIII se pasma de la abundancia de prostitutas en España, que diría ahora, que bullen por esquinas y rastros a manta de Dios, salen por la pantalla de la televisión y enseñan al cristiano las artes y hasta la herramienta de su oficio. Y toparáis con un italiano, capellán secreto del Papa, que trae de Roma el capelo cardenalicio a Belluga y que se enfervoriza ante el suntuoso regalo de un jamón entero, así es de pródiga la Providencia en esta tierra. Hay varios viajeros que se empeñan en contar que se puede subir cómodamente por las rampas de la Torre hasta el campanario, incluso a caballo, y entre éstos, el francés Peyron escribe el más cumplido piropo al puerto de Cartagena. Dice que Virgilio, el



Divino, cuando quiere relatar el desembarco de Eneas en Italia, toma por modelo a Cartagena para dar la descripción de un puerto perfecto en el que se reúnen arte y naturaleza.

Un embajador del sultán marroquí se escandaliza por ver bailar “amarrao” al juez de La Gineta, y pide a Alá que le castigue. O sea, que el tal embajador marroquí puede considerarse un precursor de Sabino Arana y de don Javier Arzallus. Cierta oficial francés llamado Lantier hace una observación muy justa, y es que Murcia, con la templanza de su clima, su luminosidad y lo agradable que hace la vida, propicia el culto de Venus e inclina a la pereza, y yo coincidido desde luego con ese avisgado gabacho. En cambio, cuando le enseñan en Cartagena la iglesia de Santiago y le cuentan que allí había desembarcado el Apóstol, recibe la noticia con ironía y casi chirigota, y echa maldiciones a una sopa de tocino rancio y a una tortilla aceitosa, que considera comida de cafres o de hotentotes. En Lorca quieren enseñarle los retratos de San Ambrosio, San Jerónimo y San Agustín, y el infiel advierte que ya tendrá tiempo de ver los originales en el paraíso. Al reverendo Townsend le echan de Murcia las moscas y le espantan los clérigos, corruptos y despreocupados, y por eso se deshace en elogios al “Fray Gerundio” del padre Isla.

Entre tanto viajero no podía faltar el gafe, y el “jettatore” salta en un oficial de Sanidad llamado Antoine Laurent Apollinaire. Tira de un colchón para dormir y de él cae el cadáver de un anciano; contempla un arrozal, lo confunde con una verde pradera y echa al galope su caballo, que se hunde en la charca y tiene que ser sacado por unos soldados compasivos; entra en una casa a reponerse del baño en el arrozal y resulta que es un lugar repleto de apestados; hambriento, encontró chufas en un cementerio, y las comió con tal ansia y en tal número que le entró una indisposición. Conozco muchas historias de gafes, algunas apabullantes y asombrosas, que guardo con celo en la memoria o en notas escritas, y allí guardará ésta del oficial de Sanidad francés. Un navegante americano confunde el pueblo de Palos de nuestra costa con Palos de Moguer, de modo que hace salir a Colón desde cabo de Palos rumbo a América, donde él seguramente esperaba coronada de plumas la erudita cabeza. Don Teófilo Gautier, además de fabulador y poeta, debía de ser un pájaro de cuentas, algo así como don Próspero Merimée, tenorio de burdel y amigo de correrías putañeras con don Juan Valera y don Serafín Estébanez Calderón, porque encuentra mujeres bellísimas guardadas detrás de cada espesa reja cartagenera, y cuenta que en la lancha del desembarco les asaltaban granujas ofreciéndole una colección de colipoterras. Y después de las furcias, sólo encuentra grillos.

Richard Ford, último o penúltimo de los *viajeros* románticos, dice que Murcia es la ciudad más plumbea y más seca de España, que no todo van a ser loores y alabanzas, y Anatole Démidoff se maravilla de que en casa del cónsul francés en



Cartagena convivan juntos un gato y una paloma, que comen en la misma vasija y duermen en la misma manta, y también de que un pequeño asno ande suelto por toda la casa y que incluso suba a los pisos superiores. La señora Dupont se encariña con Murcia, y todo le parece delicioso e interesante, hasta que llega a la catedral y un cura le muestra las cosas milagrosas que allí guarda, una gota de leche de la Virgen Madre y un pelo de la barba de Cristo, y la entusiasta francesa se rebela y escandaliza, y hubiera hecho bien en enviar al canónigo milagrero a escardar cebollinos.

No os perdáis la descripción que hace George Alexander Hoskins del panorama que se divisa desde lo alto de la Torre ni de las procesiones del Viernes Santo, pues sitúa nuestra Semana Santa por encima de otra cualquiera, incluida la de Roma. Un economista alemán de la mitad del siglo pasado, Alejandro Ziegler, dice que los murcianos siempre tendemos a algo malo, que somos supersticiosos y amigos de riñas y venganzas, que algo de razón puede que lleven en eso, y también se queja del aceite y de las moscas. Los testimonios restantes, por estar más cercanos en el tiempo, resultan menos chocantes y pintorescos, y como es tarde, os hago indulgencia de ellos.

Así que sólo me queda ofrecer una múltiple felicitación. La primera, para la autora, Cristina Torres-Fontes, que ha realizado un trabajo excelente y muy meritorio, y de cuya juventud y aplicación podemos esperar los murcianos nuevas y doctas lecturas. Después a la Academia de Alfonso X el Sabio, a la que pertenezco con bautismo de deseo, y al doctor Torres Fontes, padre de la autora, amigo y pariente, y también esforzado aunque estéril profesor mío, que no logró encaminarme por el sendero del estudio de la Historia. A la Asamblea Regional de Murcia, que ha hecho una magnífica obra cultural al patrocinar la edición de estas crónicas, y a todos los murcianos de esta Comunidad y de aquel Reino, a los de dentro y a los adyacentes, y a los que, como yo, vivimos en el destierro permanente y nostálgico.

A todos, felicitaciones, y mi gratitud por haberme escuchado hasta aquí. Muchas gracias.

